



Lectio divina. Domingo XXX T.O ©

LUCAS 18,9-14. En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola a algunos que se confiaban en sí mismos por considerarse justos y despreciaban a los demás: —Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, erguido, oraba así en su interior: «¡Oh Dios!, te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo». El publicano, en cambio, quedándose atrás, no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador». Os digo que este bajó a su casa justificado, y aquel no. Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

Estamos ante uno de los temas preferidos de Lucas, un evangelio que en muchos lugares instruye sobre lo desconcertante que es la misericordia y el perdón de Dios, quien no parece conocer el concepto de «mérito» tan arraigado en nosotros. No resulta extraño que muchas de estas enseñanzas estén dirigidas a los fariseos (como en el caso de las parábolas de lo perdido) o, como aquí, a todos aquellos que se consideran justos y, por ello, desprecian a los demás. Esta parábola de Jesús es enormemente incisiva y capaz de remover cimientos. Los personajes que la protagonizan coinciden únicamente en que van al templo para orar. Al margen de este dato, las demás características que presentan uno y otro son totalmente opuestas. Uno es fariseo (cumplidor de la Ley); otro es publicano (constante infractor de la Ley). Uno entra en el templo, se mantiene erguido, habla en su interior a Dios (nadie más lo oye) para hacerle ver sus méritos. El otro no se atreve a entrar, mantiene la cabeza baja, reconoce que es pecador y así lo reconoce de viva voz y con sus gestos («golpes en el pecho»). Ambos fueron a orar al templo. Uno regresó justificado («Dios le ha hecho justo»): el que se reconoció pecador. El otro no, ya que no creía necesitarlo.

Meditación

La diferencia es que uno no quiere cambiar, el fariseo, y el otro, el publicano, quiere cambiar de vida. Y otra cosa muy importante: el fariseo no necesita de Dios para nada, parece que él lo hace todo; en cambio, el publicano le pide a Dios compasión, porque sabe que está haciendo las cosas mal y quiere cambiar, necesita de Dios para ser mejor persona.

Un Dios que toma partido. No hay nada más injusto que tratar de la misma manera a quienes son diferentes. Aunque todos tengamos la misma dignidad, los «talentos» han sido repartidos de forma desigual. Son muchos los factores que hacen que la vida de las personas sea distinta (familia, fortuna, educación, relaciones, capacidades...). Son muchas las brechas y los muros que hay entre las personas o entre los países y regiones. Dios no excluye a nadie de su amor y su gracia, pero toma partido por el débil al igual que un padre o una madre están más atentos del hijo más necesitado. La Biblia siempre insiste en la proximidad de Dios con los pobres, los oprimidos, los huérfanos y las viudas. Hoy, nosotros, también tomamos partido por los necesitados y las víctimas de nuestro mundo. Estamos llamados, por Él, a poner nuestras capacidades y talentos a su servicio.

Oración

A pesar de todos nuestros esfuerzos por ser buenos, Tú, Padre, eres el único bueno de verdad. Danos, Señor, el arte de la medida entre nuestros sueños y nuestras realidades. Danos el don de la verdad y la humildad.

Contemplación

Lee y repite con frecuencia:

“¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”

